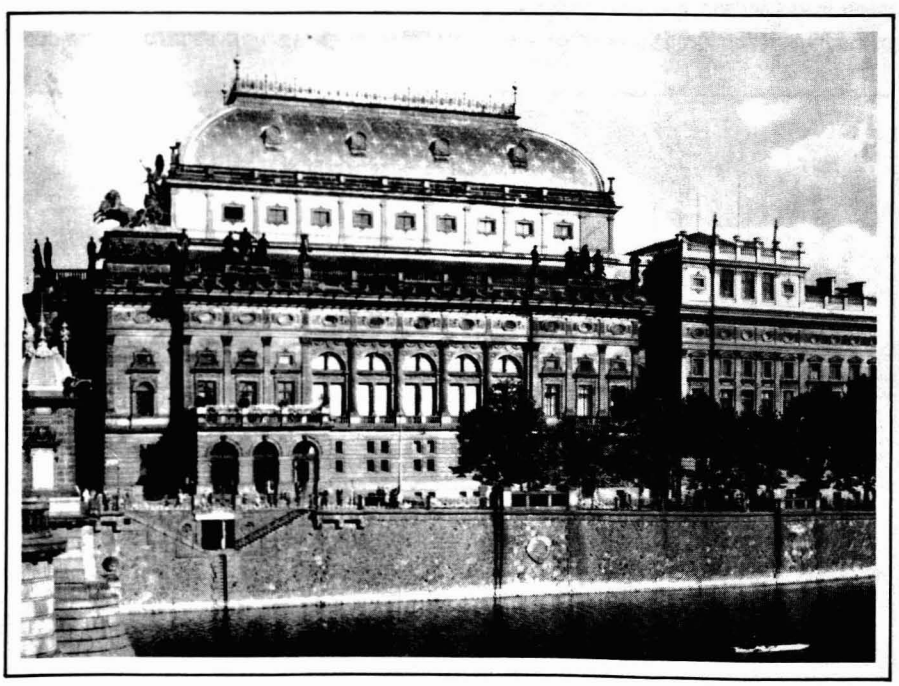
Humberto Guzmán: novelista solitario

Hernán Lara Zavala

Alguna vez escuché en voz del propio Humberto Guzmán que él escribía por la misma razón por la que le gustaba practicar karate: para nada. Y luego aclaró: o tal vez por el placer mismo que le proporcionaba el hecho de hacer ejercicio sin buscar ningún otro motivo ulterior. En su autobiografía *De cuerpo entero* Humberto comenta que en un momento de su vida él optó por mantenerse fuera del mundo, fuera de las aspiraciones de la clase media, de aquellos que buscan formar una buena familia, lograr un estatus social, prestigio, riqueza. Optó, en suma, por vivir una vida marginal y solitaria. Y esa decisión en su vida se refleja de manera muy clara a través de su literatura. No en balde la mayor parte de sus personajes son seres solitarios que viven en un mundo absurdo, desolado y gris. Y es por ello que lo primero que llama la atención al acercarse a la obra de Humberto Guzmán es la congruencia y la continuidad de una búsqueda iniciada desde hace muchos años y que en cierto modo lo ha convertido también en un solitario dentro de la literatura mexicana. Sus temas son los del hombre mediocre en un mundo sin centro. Sus enfoques se han clasificado como "experimentales" en tanto que casi no existe anécdota o si la hay resulta una especie de sueño angustioso, repetitivo y agobiante. De hecho Guzmán es heredero y portavoz en nuestro medio de la tradición inaugurada por Franz Kafka y que Borges afirma tuvo sus precursores en Kirkegard, en Bloy y en Lord Dunsany. Uno podría pensar también en Beckett y en la nueva novela francesa o en el Salvador Elizondo de *Farabeuf.* Cuenta Max Brod que cuando Franz Kafka leía sus textos ante los amigos en voz alta, en particular *La metamorfosis,* se desternillaba de risa al escuchar sus propias palabras. No hay duda de que hay una buena dosis de humor en la obra de Kafka aunque esa risa que le arrancaban a él sus textos, y a nosotros ahora, nos produzca también un gran dolor. "Confieso que *no* he vivido –revela Guzmán en *De cuerpo entero*–. Que mis únicos ideales han sido la duda y el humor". Y es tal vez en esta aseveración en donde podemos encontrar una de las claves para aproximarnos a la literatura de Humberto Guzmán.

Los buscadores de la dicha es una novela que no por casualidad ocurre en Praga. En ella el personaje principal, un hombre mediocre y común a quien ni siquiera se le identifica por su nombre, se enfrasca en la aventura de volver a encontrar a la mujer con la que tuvo una relación sexual en la oscuridad de un cine. "Llegué a la literatura como suele buscarse el amor de una mujer, o el cuerpo de las mujeres, por desesperación, o por el simple miedo al absurdo, a la nada", comenta Humberto Guzmán en *De cuerpo entero.* La historia que nos va a contar en la novela es una suerte de recreación a este comentario. Es la famosa búsqueda del Santo Grial. El personaje se lanza a la búsqueda de una mujer como el autor se lanza a la búsqueda de una historia: ni uno ni otro alcanzan su cometido porque lo que persiguen es en esencia una ilusión. Recorremos las calles de Praga, ciudad bella, melancólica, gris, nublada, decadente y misteriosa, que se convierte para el protagonista en un monstruo de mil ojos. "Sentí que los edificios me espiaban desde la oscuridad con sus ojos ciegos de ventanas". Entramos a los más extraños tugurios que a veces parecen confundirse en la imaginación del personaje con los antros de Niño Perdido en la ciudad de México. Participamos en orgías, fiestas y bacanales donde a cada rato el personaje ve o cree ver a la mujer de los ojos garzos y el cabello ensortijado y rubicundo. Ella huidiza, siempre en compañía de otros hombres, siempre trenzada en actos sexuales, lo elude y lo evita. Es como si estuviéramos asistiendo a un gran teatro guiñol o a una de esas persecuciones tipo Mark Zennet en donde los comediantes recurren a todo tipo de trucos para que la historia sea la de una persecución sin fin. Como en el caso de Kafka, aparejada al sentido del humor hay una angustia. Siempre existe un testigo, un juez, un inquisidor, en este caso el viejo del cine, el jefe de la oficina o la policía– que se ocupa de vigilarnos, de seguir al perseguidor y de increparlo, de modo que el personaje se ve involucrado de súbito en un juicio, en la condena que tendrá que pagar necesariamente por haber disfrutado de un placer prohibitivo.

"Ser sospechoso es ser culpable", se dice el personaje que, a partir de cierto punto, se ve envuelto en una serie de situaciones absurdas, dolorosas y chuscas a la vez. La novela de Humberto Guzmán es como una alegoría en la que el novelista solitario nos ofrece otra variante a sus historias fingidas, a sus manuscritos anónimos, a sus consignas idiotas, a sus disecciones, a sus malos sueños y a sus contingencias forzadas para decirnos: Ya que en el mundo no es posible hallar la dicha conformémonos con la nada, o con el placer que nos produce el hecho de escribir o, en su defecto, de leer. ◊



Texto leído en la presentación del libro *Los buscadores de la dicha* (Editorial Joaquín Mortíz, 1990), de Humberto Guzmán.